

Siendo así, nos parece fundamental encontrar un equilibrio. ¿Cómo llegar, entonces, a ese punto de equilibrio entre el conocimiento que se posee del adversario y trasladar ese mensaje, sin que se interfiera en los principios y sin condicionar la forma de jugar en función del adversario?

Para Mourinho (2003a) es un ejercicio de **comunicación** y, fundamentalmente, de **rutinas de trabajo**, subrayando que es por esta causa que, **desde el primer día de la pretemporada**, trabaja tácticamente, definiendo claramente [y operando] el modelo de juego y los dos sistemas tácticos que pretende para su equipo.

En esta medida, Mourinho (2003b) señala aún que la gestión de las derrotas debe ser hecha “de la misma forma que la gestión de las victorias. Con equilibrio. No puedo, por ganar un partido, en la semana siguiente no entrenar, o entrenar menos, o ser menos riguroso. Y cuando perdemos no puedo decir que mi metodología es una grandísima treta, que no creo en ella y que voy a modificar las reglas que tenía impuesto a los jugadores... Creo que **todo comienza antes del inicio de la liga**. Ahí tenemos que definir un perfil de equipo, de jugador, de entrenamiento, de táctica, y creer en eso. Pienso que fundamentalmente tenemos que creer en aquello que estamos haciendo (...)”.

2.5 DEFENDER (bien) PARA ATACAR (mejor)... ¡Sólo esto es lo lógico!

“La mejor forma de defender no es dejar de atacar, sino jugar bien defensivamente.” (Laurier, 1989) “Los goles son el espectáculo, los goles son la «piedra filosofal» del fútbol, el público quiere goles, el entrenador tiene que querer goles.” **(Eriksson, 1989b)**

2.5.1 Durante el juego, defender es sólo medio camino...; La parte más fácil del camino!

Para Artur Jorge (1990), “(...) el equipo que no consigue defender muy bien no tiene la mínima hipótesis de ganar... No es posible levantar un edificio de veinte plantas **si los cimientos no tienen** la profundidad necesaria para que ese edificio tenga **estabilidad, seguridad**”.

“Cuando no me canso de insistir en que es fundamental saber defender muy bien, no me torno un entrenador defensivo... ¡No soy un entrenador defensivo! Ocurre que, hoy, en el fútbol – o en el baloncesto, o en el balonmano... me parece que en todos los deportes colectivos – sólo puede ganar, sólo puede ser campeón, quien tiene un nivel elevadísimo de agresividad defensiva, de técnicas defensivas. No puede atacar bien quien no tiene, defensivamente, una muy sólida base”, dice.

Mourinho (s.d., cit. por Lourenço, 2003), refiriéndose al «crecimiento» de su filosofía de juego y haciendo algunas comparaciones con las ideas de Robson, entrenador que considera igualmente ofensivo y con quien ya trabajó, explica que, manteniendo la primacía de un fútbol de ataque, procuró, en el fondo, “**organizarlo mejor** y esa organización parte, justamente, de la defensa”.

De las palabras de estos dos entrenadores sobresale la idea de que, por más que se tenga la intención de jugar un fútbol ofensivo, existe siempre la necesidad de **sustentar defensivamente esa forma de jugar**.

Hay, pese a todo, equipos que, por pensar primero en no perder, casi sólo piensan en defender. **Juegan a no jugar o, peor aún, a no dejar jugar**. Para estos equipos, **defender es un fin en sí mismo**. Intentan, por todos los medios, evitar sufrir goles. De ahí la usual obsesión por intentar proteger la portería en detrimento de procurar recuperar la pelota (¡cómo si de esta forma también no se protegiese la portería!). En cambio, para nosotros, sólo el no pensar seriamente en atacar, unido al hecho de defenderse mal, puede explicar el (excesivo) **número de faltas** en el fútbol portugués. Y que, a quien **desea atacar**, no le interesa cometer faltas, pues de esa forma no recupera la posesión de la pelota.

Esta situación se vuelve aún más paradigmática cuando se constata la utilización **abusiva y subversiva** del *pressing*, muchas veces con el único propósito de no dejar jugar a quien lo intenta hacer.

Tal como refiere Valdano (1997a), **con mayor o menor organización**, todos los equipos presionan, y siempre con un entusiasmo algo desaforado. La falta de pudor del destructor cuenta con una ventaja añadida: lo que en el área es penalty, en el centro del campo es una



simple falta que obliga a recomenzar todo de nuevo. Para salir de la presión hacen falta buenos jugadores, pero como todos los equipos quieren responder a la presión con más presión, lo que vemos en cada partido se parece mucho con un choque de trenes. Los equipos luchan sin parar por la pelota y cuando la tienen la lanzan para cualquier parte. ¡Le llaman fútbol moderno!

No siendo caso único en fútbol portugués (sino al contrario), consideramos al Boavista de Jaime Pacheco un buen ejemplo nacional de esta involución causada por la obsesión por el resultado. Téngase en cuenta, por ejemplo, la «receta» de Antonio Natal (2002, cit. por «A Bola», 01/12/2002), preparador físico del equipo, para un partido de la Super Liga: “El V. Guimarães está desarrollando un buen fútbol, está bien clasificado y, por eso, estamos preparados para las dificultades. No podemos huir del pasado y tenemos que dar todo lo mejor de nosotros. Es preciso **garra, presión intensa y agresividad permanente. Son nuestras armas**”.

Ilustrativas son también las palabras de Pacheco (2003, cit. por «Record», 27/02/2003 en relación al partido de vuelta contra el Hertha de Berlín en la UEFA 2002/2003: “Dentro de lo que es nuestra filosofía de juego tenemos fuertes posibilidades de seguir adelante con mérito. **Jugar presionando** es nuestra patente y así tenemos que jugar contra el Hertha”.

Pacheco, a semejanza de muchos otros, parece olvidarse de que **«jugar» es defender y atacar** y, más que eso, **defender para atacar**. No nos extraña, por lo tanto, que Valdano (1998a) afirme que “ahora hay mucho entrenador que piensa que revolución es sinónimo de presión y entonces sus equipos salen a correr y se sienten mucho más cómodos cuando la pelota está en poder del adversario. Esto es una aberración. **La lucha es por la pelota y cuando la tenemos hay que saber qué hacer con ella**, pero hay equipos que están más preparados para jugar cuando la pelota está en poder del contrario”.

De hecho, la «lucha» debe ser por la pelota, porque sólo tiene sentido defender para atacar. Y, en esta medida, creemos que **la forma como se defiende debe estar en función del modo como se desea atacar**. Si el «momento ofensivo» sigue al «momento defensivo», no puede ser indiferente la forma como se defiende.

Preciado Rebolledo (2002) argumenta que debemos organizarnos defensivamente para atacar [mejor], esto es, **con el objetivo de posteriormente atacar de una forma concreta**. La intención debe ser robar la pelota, y robarla para algo, para atacar.

Por eso, no es lo mismo defender en una zona del campo, que defender en otra, no es lo mismo ser agresivo y presionar encima, que esperar atrás. No nos parece lo mismo defender estando los jugadores posicionados en función de una idea colectiva común («defensa en zona»), que estando en función de los jugadores adversarios («defensa hombre a hombre» e «individual»).

Por esto, Caneda Pérez (1999) y Fernández (2003) nos dicen que **con el concepto «zonal» se intenta [también] organizar defensivamente al equipo para poder atacar [mejor]**. Con la «zona» lo que se busca es robar la pelota para atacar. Porque robar de manera inteligente y colectiva permite, enseguida, atacar con más éxito, **ya que una vez recuperada la pelota** los jugadores se encuentran en sus posiciones habituales [en posiciones conocidas del colectivo, entiéndase].

En la misma línea de pensamiento, Frade (2002) señala que “la zona *pressing* **emana** de una concepción de la organización defensiva que, a la vez, **emana** de una concepción de la organización ofensiva, pues para ganar lo prioritario es el ataque. **La zona *pressing* se hace para atacar**, sobretudo si se hace en el medio campo adversario. Porque el *pressing* no se hace apenas con 2 o 3 jugadores, sino con todo el equipo, lo que permite tener muchos jugadores para atacar cuando se recupera la posesión. Es por eso por lo que yo digo que **el fútbol de ataque sale beneficiado cuando el equipo defiende en zona**”.

Siguiendo el mismo razonamiento, Frade (2004) resalta que “Sacchi rompió con lo que era la norma en el fútbol italiano al preocuparse por organizar defensivamente el equipo **con el propósito de atacar mejor**. La zona *pressing* del Milán **era un medio para atacar mejor**”.



Y, de hecho, aunque un apasionado de la «zona presionante», Sacchi (1998, cit. por «Marca», 20/07/1998) esclarece que le gusta que sus jugadores se diviertan en el campo y que, para eso, **es necesario que tengan la pelota**. Añade que **teniendo la pelota es más fácil ganar**. Dice que en el fútbol ganar es lo relevante, pero existen diferentes formas de alcanzar el triunfo.

Otro ejemplo claro de esta forma de pensar el «momento defensivo» es el F.C. Oporto de Mourinho. Barreto (2003) nos dice que “el «*pressing* avanzado» del F.C. Oporto es visto [por Mourinho] como **un medio para alcanzar un fin** – posesión del balón – pues se hace con iniciativa, en el sentido de crearle dificultades al adversario, intentando recuperar la bola lo más rápidamente posible. En este club, estos dos principios son contemplados en constante relación, de modo que el «*pressing* adelantado» **sólo tiene sentido cuando después** se obtiene la posesión (...)”.

La misma constatación hace Tadeia (2003a) en un análisis del partido S.L. Benfica - F.C. Oporto de la temporada 2002/2003: “(...) al contrario que los equipos negativos, el FC Oporto **no se agotó** en las tareas de recuperación, nunca estuvo viendo para ella como si de un cuerpo extraño se tratase. **El equipo estaba construido para jugar** y nunca ninguno de sus elementos vio para la pelota con una angustiosa duda que se expresa en la pregunta «¿Y ahora qué puedo hacer ante esto?». Todo teniendo como base un secreto de Polichinelo, una de las verdades absolutas tantas veces olvidadas del fútbol: cuanto menos pierdas la pelota, menos trabajo precisas para recuperarla”.

Y si existiesen dudas sobre qué idea hay en el origen de esta obsesión por la presión adelantada «zonal» del ex-entrenador, él mismo las deshacía: “**Mi idea**



táctica principal pasa por tener la noción bien clara de la cosa más importante en el fútbol moderno más allá de marcar goles: tener el balón” (Mourinho, 2002, cit. por «A Bola», 31/05/2002).

Coincidimos, por tanto, con Frade (2004) cuando destaca que “la interceptación [defender] es medio camino, nunca la totalidad del camino”. Es un medio para recuperar la pelota y poder atacar y no un fin en sí mismo. ¡Y es la parte más fácil del camino! Porque no hay nada más fácil que el adoptar tácticas defensivas (Menotti, 1980; Frade, 1998; Van Gaal, 1999).

“Defender un resultado es fácil, pero crear un equipo con el hábito de jugar requiere tiempo” (Valdano, 1997b). Como dice Alfredo di Stéfano (s.d., cit. por Valdano, 1997a), “para construir una casa tengo que ir cinco años a la universidad, para destruirla sólo necesito un martillo”.

2.5.2 *Si debemos defender de forma que potenciamos el modo como se desea atacar... ¡¡Defender bien no consiste en no encajar goles!!*

Como vimos, si se defiende para atacar, la organización defensiva de un equipo debe emanar (partir) de su organización ofensiva. Se intenta, con eso, potenciar la forma como se pretende atacar.

Si así es, y teniendo en cuenta que **el fútbol es una alternancia permanente entre «tener el balón» y «no tenerlo»** (Bangsbo e Peitersen, 2002), se debe analizar mucho el conseguir **una idea de juego coherente**, que favorezca realmente esa intención atacante. Comencemos por «tener el balón»...

Tal como señala Valdano (1997a), **aunque** «atacar» y «tener cuidado» parezcan ideas contrarias, **es lógico que** sean analizadas juntas. Debemos tener determinados cuidados cuando atacamos. Dentro del campo, por más lejos



que un jugador esté del balón, debe preguntarse permanentemente sobre lo que puede hacer por el equipo. El equipo debe estar junto y los jugadores deben posicionarse entre sí a una distancia que les permita, si es necesario, intervenir direc-

tamente sobre el juego. El poder hipnótico del balón debe adormecer a los adversarios y no a los jugadores del propio equipo.

En este sentido, Fernández (2003) nos dice que la **organización ofensiva** de un equipo debe englobar un conjunto de acciones que se asocian con el llamado **equilibrio defensivo**, con el cual se intenta que el equipo esté preparado y **organizado** ante cualquier pérdida del balón. Son “acciones que se dirigen al **dominio de las situaciones de transición** ataque-defensa”.

Por lo tanto, **como un equipo no sabe** dónde [cuándo y cómo] va a perder la pelota, cuando la pierde, y donde quiere perderla, debe tener previstas las acciones defensivas a realizar (Mercé Cervera, 2001), es decir, **debe prepararse (organizarse) para el momento de la pérdida** del balón. Así, si es verdad que, como dice Tadeia (2003a), cuantas menos veces perdamos la pelota, menos tendremos que trabajar para recuperarla, también lo es que si nos organizamos, cuando la tenemos, para el momento de la pérdida, esto nos **permitiría** responder más rápida y eficazmente.

No es de extrañar que autores como Menotti (s.d.), Valdano (2001), Frade (1985, 2002) y Lillo (2003), entre otros, **evidencien la importancia de los momentos de transición** (no sólo ataque-defensa, sino también defensa-ataque). Menotti (s.d.) expone que, por más que un equipo quiera ser ofensivo, no le puede faltar el equilibrio entre la defensa y el ataque y que ese equilibrio pasa por conseguir pasar del ataque para la defensa con mucha rapidez. Frade (1985) considera que **los mejores equipos tienden a realizar las transiciones rápidamente y de forma segura** y afirma (2002) que “un equipo que quiera atacar con muchos hombres tiene que **prestar particular atención a los tiempos de transición**”. Lillo (2003) nos dice que un equipo que es capaz de pasar rápidamente de una mentalidad ofensiva a una defensiva, y viceversa, es un gran equipo. Añade que por eso el Milán de Sacchi le pareció maravilloso.



Volvamos nuevamente al F.C. Oporto de Mourinho para concretar algunos ejemplos prácticos. Véanse algunos de los trazos característicos de su modelo de juego: “Presionemos adelante, campo grande para atacar, líneas juntas al defender, **una transición fuerte**, (...) nuestra reacción ante la pérdida de la posesión debe ser fuerte; **una estructura fija** posicionalmente y **una estructura móvil**, por lo tanto, hay jugadores que tienen posiciones fijas en el campo, hay otros que por su dinámica tienen movilidad, a pesar de **tener que mantener siempre un equilibrio posicional**” (Mourinho, 2003a).

Para nosotros, la **base del equilibrio defensivo** de este equipo **está en esta «subestructura» fija** que Mourinho contempla, ese equilibrio es el que le permite, la deseada reacción fuerte en la transición ataque - defensa.

Mourinho (2002a) resalta que su equipo no puede perder la ambición de ganar los partidos, y tampoco **no puede perder** su tranquilidad y su **equilibrio posicional**. Los jugadores deben mantener una **línea de juego ofensiva**, ambiciosa, en la que sea nítida la intención de querer ganar, pero **sin perder nunca el control del espacio**, su tranquilidad e, inclusive, la comunicación entre los jugadores, es algo que considera fundamental.

Las palabras de Mourinho (2003a) en relación a la final de la Copa de la UEFA frente al Celtic son claras: “Yo pienso que la mejor forma de jugar es que tengamos la pelota. Ahora, tenemos que tener cuidado cuando la perdamos para **no proporcionar al adversario tiempo y espacio** para contra-atacar, mas ésa es una característica nuestra, **que hemos venido trabajando desde siempre**, y que es **el momento de la pérdida de posesión del balón**. Por lo tanto, creo que mi equipo puede tener la pelota, puede jugar con seguridad y que en el momento de la pérdida (...) vamos a estar preparados para una reacción muy fuerte y para poder bloquear su contra-ataque”.

En suma, lo fundamental en el **equilibrio defensivo** parece ser la existencia permanente de un **equilibrio posicional**, es decir, una ocupación cuidada e inteligente de los espacios en ataque que permita una reacción rápida y eficaz ante la pérdida del balón. Se trata de **asegurar la permanente gestión colectiva del espacio y del tiempo en el partido**. Y decimos gestión colectiva porque, si es verdad que algunos jugadores, por las posiciones que ocupan, pueden desempeñar funciones importantes a este nivel, también lo es que ésta **tiene siempre que ser una cuestión colectiva**. Tal como sostiene Frade (2004), si se pone énfasis en las transiciones, la organización colectiva tiene que ser lo más importante.

Por lo expuesto, consideramos que esta cuestión del equilibrio defensivo en el ataque debe requerir, si vale la expresión, **un «pensamiento zonal»**. Por todo lo que ya se ha dicho acerca de las diferentes formas de organización defensiva, consideramos que quien dispone la organización defensiva de su equipo «hombre a hombre» o «individualmente» tendrá dificultad en pensar de otra forma que no sea ésa el equilibrio defensivo del equipo. Efectivamente, es común, incluso estando con la posesión, que veamos a jugadores preocupados por el «marcaje» de adversarios, sin atender mínimamente a la cuestión de la **ocupación racional de los espacios**. Esto puede implicar que esos jugadores no estén «controlando» espacios vitales y, como hemos visto, los espacios parecen ser mucho más importantes que los adversarios. Esos jugadores difícilmente estarán mentalmente disponibles para participar en las acciones ofensivas (¡¡no se ataca como equipo!!).

Arriesgamos diciendo que, **sólo perspectivando «zonalmente» el «momento defensivo»**, es posible que un eventual **equilibrio defensivo en ataque subsista durante los momentos de transición ataque-defensa**. O sea, suponiendo que un equipo, mismo defendiendo «hombre a hombre» o «individualmente», consigue

asegurar un cierto equilibrio defensivo en ataque (a costa, por ejemplo, de un menor número de jugadores que participan en las acciones ofensivas), cuando pierde la pelota puede desequilibrarse **posicionalmente**, por el simple hecho de que los jugadores, que hasta entonces ocupaban espacios considerados importantes, pasasen a preocuparse de sus referencias defensivas individuales (los adversarios directos). Por lo tanto, el equipo acaba por desequilibrarse posicionalmente **en la transición, momento** del juego que, como vimos, parece ser **crucial**.

Paralelamente, y yendo al encuentro de lo que ya había sido sugerido en el punto anterior, el «no tener el balón» no implica que tengamos que olvidarnos de la organización ofensiva que preconizamos. Para nosotros, la «organización defensiva» puede (y debe) ser concebida en función de la forma como se quiere, enseguida, atacar. No sólo teniendo el cuidado de **definir la(s) zona(s) donde se intentará recuperar la pelota, como también ponderando la propia configuración estructural defensiva del equipo**.

En relación con la definición de la(s) zona(s) donde se procurará recuperar la bola, pensamos que ésta debe ser calculada tanto en función del «**patrón de juego ofensivo**» deseado (trabajado), como en función de las propias **características de los jugadores**. Por ejemplo, parece tener sentido que un equipo cuyo «patrón de juego ofensivo» sea el ataque posicional, procure recuperar la bola en su medio campo ofensivo (es el caso del F.C. Oporto de Mourinho).



También se tiene que tener en cuenta las características de los jugadores. Al respecto, Mourinho (2002d) dice cuando un periodista le refiere que se nota la preocupación de su equipo por presionar adelante: “Depende de la situación. Cuando se juega

en la delantera con jugadores tipo Jankauskas o Capucho, que no son jugadores propiamente muy rápidos en distancias grandes, es importante **presionar más adelante**, robar la pelota en el medio campo adversario de manera que esos jugadores jueguen en la zona donde son más peligrosos. Por otro lado, si en ataque tuviésemos jugadores tipo Derlei, Postiga o Cândido Costa, que son mucho más rápidos, es mejor **no presionar tan adelante** creando un poco de espacio para la aceleración de esos jugadores, dejando subir un poco más a la defensa contraria”.

En cuanto a calibrar la estructura defensiva del equipo, se trata, también aquí, de conseguir un **equilibrio posicional**, articulado **en función** de la forma como se desea realizar la transición defensa-ataque. Como tal, pensamos que será igualmente significativo hablar de **equilibrio ofensivo en la defensa**, sobretodo cuando constatamos la importancia de que los momentos de transición sean realizados rápidamente y de forma segura.

Como destaca Lillo (2003), es posible delinear la «organización defensiva» en **términos especiales** pensando también en cómo se va a atacar. Esto es, el posicionamiento defensivo (la ocupación espacial) puede depender de sus características ofensivas.

Si con una «defensa hombre a hombre» o «individual» nos parece difícil concretar con eficacia este conjunto de intenciones, con una «defensa en zona» nos parece claramente posible..

Efectivamente, un equipo que defiende «hombre a hombre» o «individualmente» estará **desequilibrado posicionalmente** (¡desorganizado!) **en el momento en el que recupera la posesión del balón**, contexto que no favorecerá la transición defensa-ataque (¡difícilmente ésta será rápida y segura!), con todas las consecuencias negativas que de ahí pueden surgir.

Caneda Pérez (1999) nos dice que, con una «defensa individual» [y añadimos la «defensa hombre a hombre»], estamos delante de **una defensa no colaboradora, lo que implica que la posterior construcción del juego ofensivo se deba más a conductas individuales** [¡¡por lo menos en un momento inicial – en transición –, un momento fundamental!!] que a una auténtica colaboración colectiva. Ya con una «defensa en zona», es el equipo, como un «todo», “quien trata de alcanzar una adecuada ocupación del terreno de juego en cada momento, procurando la compacticidad para reducir el espacio y el tiempo al adversario y tener más opciones de pase en ataque [en la transición para el ataque, entiéndase] y garantizar un perfecto y equilibrado posicionamiento para los posibles ataques y contraataques posteriores” (Caneda Pérez, 1999).

Curiosamente, Castelo (1996) apunta como una de las desventajas de la «zona presionante» el notar dificultades al hacer una rápida transición defensa-ataque,

después de la recuperación de la pelota, debido a la gran concentración de jugadores, lo que puede, en ciertos casos, disminuir la eficacia del ataque.

No estamos de acuerdo, pues creemos que, incluso sin una configuración estructural del equipo en función de la forma como se ambiciona atacar, **la «zona» («zona presionante» incluida) parece representar una gran ventaja a la hora de la transición defensa-ataque**. Esto sucede porque partimos de una organización defensiva colectiva conocida y, siendo así, no nos es «extraña», esto se produce según un «patrón», pues las posiciones de los jugadores son siempre conocidas por el colectivo.

Como indica Valdano (2002), cuando se «defiende en zona», **la plataforma de salida para el ataque, recuperada la pelota, es hecha a partir del sitio habitual**, razón por la cual cada jugador ganará confianza.



De lo expuesto, se debe entender que, siendo nuestra gran intención atacar lo más posible, es necesario sostener defensivamente esa forma de jugar y, por ello, el «defender bien» no se agota con no encajar goles.

Frente a la naturaleza compleja y no lineal del juego, concordamos con Fernández (2003) cuando dice que el «**momento ofensivo**» comienza antes de tener la pelota [con la garantía de un equilibrio ofensivo en la defensa] y que el «**momento defensivo**» comienza antes de haberla perdido [con la garantía de un equilibrio defensivo en ataque]. El mismo autor subraya que debe ser una preocupación nuestra “no perder la ocupación racional del terreno de juego”, “estar en condiciones de atacar y defender en cualquier instante” y “ocupar los espacios vitales del campo”.

Como fácilmente se percibe, también aquí la «zona» parece ser la que mejor responde a las necesidades reales del juego.

2.6 *La constatación de un «patrón defensivo» en el fútbol portugués*

“El partido del título (...) permitió que de él se sacasen conclusiones que, desde mi punto de vista, son erradas. No fue un buen partido, porque fue árido, porque las dos escuadras se preocuparon más de anular al adversario - anulándose a sí mismas a la vez - que en colocar en el campo sus armas.

Fue aquello que los especialistas llaman un partido táctico, como si tal cosa pudiese existir y sólo unos cuantos iluminados pudiesen gozar de ella.”

(Tadeia, 2002)

En este último punto de nuestra revisión de la literatura intentaremos poner en evidencia algo que hemos sugerido y que se ha tornado perceptible: la existencia de un conjunto de «trazos» defensivos comunes a la generalidad de equipos portugueses.

Martins de Sá (2002), en su columna semanal «Sole Mio» de «A Bola», escribe el día 12 de Febrero de 2002 un artículo titulado «Los gladiadores», en el cual se puede leer: “Un partido de fútbol en Portugal es una **batalla campal**. En Europa, el único campeonato donde las cosas son parecidas es en el italiano. Ahí, cada desafío es también una refriega. **Nada que se asemeje a lo que sucede e España, Inglaterra o Francia**. Cuando el entrenador del Boavista (e invoco a esta formación porque ella se erigió en paradigma de lo que es hoy el fútbol por-

tugués) dice que su equipo juega como se hace en todos los países, o sea, que practica un fútbol agresivo más leal, está escamoteando la verdad. (...) No falta en la Liga portuguesa ninguno de los componentes que caracterizan a los partidos más duros: escupitajos, improperios, narices partidas, cabezas con brechas, lesiones en tobillos y rodillas, ligamentos y tendones rotos, huesos fracturados, caras ensangrentadas, gestos de dolor... ¿Es esto um espectáculo deportivo o una pelea propia de una arena romana? En suma, no se juega sólo mal, se juega para hacer mal. (...) Por este camino no vamos lejos, que se desengañe quien piense lo contrario. La verdad es que nadie o casi nadie está libre de culpa. Si el Boavista fue el pionero, los otros – como el crimen compensaba – le siguieron el rastro. Sólo es una pena que los críticos raramente tengan **coraje para** denunciar este tipo de comportamientos (...)

Abordando el mismo tema, el 25 de Enero de 2003, el diario «Expresso» publica un artículo titulado «La ley del soplo» donde hace referencia a un **“patrón corriente” en fútbol portugués**, el cual revela que “hay equipos más empeñados en no perder que en ganar, y que hay faltas, aunque simples, cometidas para no dejar jugar”.

¡Mas las críticas negativas no se detienen aquí!... El citado artículo continúa con un discurso frontal y poco habitual en prensa: “(...) cuando la RTP y la Sport TV retransmiten fútbol, en el mismo horario, se le ofrece al espectador portugués una experiencia (...) imaginativa. Cambiando de canal, la comparación se impone por sí misma y es edificante: en una pantalla, fútbol, viéndose jugadores en acción, racionalmente distribuidos por todo el campo; y, en el otro, con la retransmisión del campeonato portugués, pasan repeticiones sucesivas de faltas (...) o se ven jugadores amontonados discutiendo ásperamente, con el árbitro y entre ellos”. “Para intentar percibir el contraste, el EXPRESSO se dedicó a un largo ejercicio que, más allá de confirmar lo obvio:– elevadísimo número de faltas por partido, 40 de media, según las estadísticas de la competición–, se puede conjeturar que no son sólo los árbitros los responsables de la interrupción, casi «non stop», característica de la mayoría de los partidos”. “El número de faltas e incorrecciones es altísimo, también porque el fútbol practicado en Portugal parece **un juego de pares, no de equipo, con los jugadores con marcas hombre a hombre cerradísimas**, unos encima de los otros”.

Más adelante puede leerse: “La situación actual es desalentadora. Y una observación cuidada y continuada de varios partidos muestra dos tipos de comportamiento, recurrentes y complementarios, para «matar» los ataques”. “El primero es preventivo: se entra barriando, con los pies o con el cuerpo; y lo último es el placaje, el agarrón o el empujón, usando las manos si el adversario cogió ventaja y escapó, incólume, al primer ataque”.

También sin medias palabras, Sousa Tavares (2003a), en «A Bola», afirma que “cuando se compara el fútbol que aquí se juega con el de otros países donde el fútbol es igualmente amado, aunque más estimado, **una de las cosas que saltan a la vista para explicar la diferencia de calidad es el avasallador número mayor de**

faltas cometidas en el campeonato portugués. No se trata de una coincidencia, sino de **un estilo de juego asumido** por muchos jugadores y de **una estrategia de juego propugnada** por algunos entrenadores (...). (...) **Es grave que** el antífútbol practicado en tantos campos resulte de una acción consciente de entrenadores que, en defensa del fútbol y de su propio prestigio, no tengan por obligación poner a sus equipos a jugar bien y no a jugar feo. **Grave es también** la cultura de complacencia instalada entre los árbitros con ese tipo de juego. (...) El más flagrante y chocante ejemplo de esta situación fue el Boavista-Benfica de la temporada pasada, donde una meditada gestión de las faltas, hecha de fuera para dentro, junto con la comprensión tácita del árbitro, permitió al Boavista ganar un partido donde jamás practicó cualquier cosa parecida al fútbol”.

También Mourinho (2002a) realza que “hay equipos que son denominados competitivos, cuando la competitividad no es eso. Hay equipos que son tildados como agresivos, cuando la agresividad no es eso. Para mí, **la agresividad más importante de un partido, es la agresividad ofensiva**. La agresividad de quien tiene la pelota. Un equipo que tiene el balón, puede ser agresivo. (...) Tengo el balón, soy agresivo. ¿Cómo soy agresivo? Jugando al ataque. (...) **Pero hay mucha gente que**, cuando habla de agresividad, habla de agresividad defensiva, que muchas veces se aproxima a la violencia, más que de la agresividad física. Es esa agresividad interpretada con sentido negativo la que conduce a menos tiempo de juego, a un mayor número de faltas, a menor número de situaciones de gol, a más conflicto, más problemas para los árbitros, más tarjetas”.

José Alberto Costa (2003, cit. por «Expresso», 25/01/2003) va más lejos al adelantar que la filosofía de algunos colegas de profesión se basa en el principio de que “cuantas más faltas haga su equipo, menos tiempo le deja al adversario para tener la pelota”.

Veamos las palabras de Sousa Tavares (2003b): “(...) el fútbol del Boavista tiene el don de tornar el fútbol de los otros más pequeño. Porque contra el Boavista (y debe ser lo que Pacheco considera un baño de táctica) nadie consigue jugar buen fútbol. Su fútbol no es ni ofensivo ni defensivo con contraataque, es simplemente destructivo. De lo que se trata es de evitar que los otros jueguen lo que saben, sea como sea, y sea cual sea el resultado en cuanto al espectáculo. Por eso, cuando el Boavista llega a las Antas y, sin arriesgar lo mínimo para intentar ganar, se limita a, de principio a fin, intentar destruir todo el juego del adversario, **ejercer un marcaje cerrado hombre a hombre**, defender



con todos detrás del balón, cortar en falta todo lo que fuese jugada de peligro del adversario y forzar hasta la náusea las interrupciones del juego, Jaime Pacheco considera esto un baño de táctica. Desde su punto de vista no tiene toda la razón porque, a pesar de todo, no consiguió salir de allí con el 0-0 que tanto ansiaba. Pero ¡qué triste razón la suya!.”.

En suma, y como ya habíamos afirmado, **al existir um «patrón defensivo» en el fútbol portugués** (y así lo creemos), que consta de una mezcla de «marcajes hombre a hombre» con «marcajes individuales». Es el famoso «juego de pares» donde los equipos procuran «encajar» dentro del adversario.

Esta forma de entender la organización defensiva de los equipos parece ser la que más riesgos presenta y con la que será más difícil conseguir la deseada eficacia defensiva (sin hablar de las consecuencias ofensivas que acarrea). Si se defiende mal es natural que haya la necesidad de hacer muchas faltas, es natural que los equipos cedan terreno y procuren por todos los medios proteger su portería. Tal vez la adopción de formas de organización defensiva más eficaces reduzca la necesidad de recurrir tantas veces a la falta... y aumente el deseo de querer recuperar la pelota... para atacar ¡sin recelos!

No queremos olvidar que nos espanta la cantidad de veces que periodistas, comentaristas, entrenadores y jugadores **adjetivan como competitivos** partidos con tiempos útiles de juego ridículos. ¿No debería ser **el tiempo útil de juego** uno de los principales «indicadores» para referirse a la «competitividad» de un juego?!...

Lo que no nos espanta es la forma cómo esta pretendida «competitividad» interna es vista desde el «lado de fuera»...

Valdano (1997b), interrogado sobre lo que piensa del fútbol portugués, dice que éste le parece “**muy desigual**”, Hay demasiada diferencia entre grandes y pequeños, no hay muchos escenarios para grandes partidos como ocurre en Europa, lo que lo convierte en un fútbol menor si se compara con las grandes «Ligas»”.

También Mourinho (1999b), en una entrevista en «Record» cuando trabajaba en el Barcelona, interrogado sobre la imagen que se tenía en España del fútbol portugués, responde: “**Simple: tiene jugadores fantásticos**, fuera, que continúa siendo un fútbol potencialmente rico como país para importarlo; **la otra imagen** es la de que nuestra Liga es **muy poco competitiva**, que los veintitantos goles de Jardel no tienen mérito especial, ya que aquí cualquier buen delantero haría esos goles”. Destaca que “(...) a nivel de los profesionales, de los entrenadores, aún **somos un poco arcaicos** en nuestra forma de pensar y de ver el fútbol”. Y que, “**en Portugal, los**



entrenadores tienen poca confianza en sus ideas y, peor que eso, tienen miedo de las ideas de los otros. Exactamente al contrario de lo que pasa «acá fuera» (...)

Para terminar, queremos aquí realzar algunas ideas de un artículo de Antonio Tadeia titulado «Jugar como los grandes para llegar a ser como ellos», en el que con particular clarividencia, se llega al fondo de toda esta cuestión.

Tadeia (1999) dice que no considera el antifútbol fructífero. Para este autor, “la cuestión es subjetiva y nunca podrá ser probada la razón de una o de la otra parte, pero creo que los entrenadores de los pequeños deben, sobretodo, intentar jugar como los grandes si algún día quieren ser como ellos”.

Según Tadeia, el respeto por el público que compra una entrada con la intención de asistir a un partido de fútbol, como un espectáculo o una diversión, es una de las muchas razones por las que se debe optar por jugar buen fútbol. “Los utilitaristas pueden siempre decir que hoy, con las presiones que tiene un equipo profesional, hay que ganar siempre. Pero, ¿quién dice que el mejor modo de hacerlo es negar el espectáculo?” “Jorge Valdano, que sabe de lo que habla, porque **aplicó los mismos principios de juego cuando** trató de salvar al Tenerife de descender de categoría **y cuando** precisó ganar el campeonato, en el Real Madrid, niega la discusión en torno al «resultadismo». «Por encima de todo, hay que jugar bien, pues si jugamos bien hay más posibilidades de ganar», dice. El antifútbol puede valer para un buen resultado **episódico** a un club pequeño cuando juega contra un grande, pero nunca le permitirá la **consistencia** propia de los grandes. En sentido contrario, la práctica del buen fútbol puede reducir las hipótesis de los pequeños para derrotar a los grandes [¿Será?! ¿Jugar bien no es atacar bien y defender bien?!], pues les da **una rutina de fútbol constructivo** que puede ayudarlos contra otros equipos de su campeonato. Y, en el futuro, hasta contra los grandes. Porque de tanto jugar como ellos, un equipo pequeño puede dejar de serlo”.

